

HISTORIA

## Biblia y traducción (39): «Un hombre luchó con él hasta la aurora»

Por Juan Gabriel López Guix

«Y Jacob se quedó solo. Un hombre luchó con él hasta la aurora» (Génesis 32:25). La historia de Jacob y su gemelo Esaú es una historia de oposiciones y rivalidades iniciada ya en el seno materno («Dos naciones hay en tu vientre, dos pueblos se separarán en tus entrañas. Un pueblo dominará al otro, el mayor servirá al menor», dijo Dios a Rebeca, la madre). Jacob (*aqeb*, «talón») nació agarrado al talón de Esaú (*se'ar*, «pelo»). Más adelante, el lampiño pastor Jacob, rico en ardid, compró la primogenitura a su hermano, el agreste y velludo cazador, a cambio de un guiso (*adom*, «rojo») un día en que éste regresaba hambriento del campo, razón por la que fue llamado Edom; también consiguió la bendición de su padre ciego, Isaac, a quien confundió cubriéndose con pieles de cabritos. Burlado por segunda vez, Esaú prometió matarlo. Jacob huyó a Mesopotamia, a la tierra de su abuelo Abraham. Allí fue engañado a su vez por su tío Labán, que cambió en la noche de bodas a la hija que le había prometido a cambio de siete años de trabajo («no es costumbre en este lugar dar la menor antes que la mayor»). Tras trabajar otros trece años, volvió a su tierra con dos esposas y un gran rebaño conseguido con astucias, dispuesto a reencontrarse con su hermano, por cuyas tierras (Edom, al sur del mar Muerto) debía pasar camino de Canaán. Justo antes del encuentro y la reconciliación con Esaú, al cruzar un vado en medio de la noche, Jacob tuvo que enfrentarse en combate singular con el desconocido mencionado al inicio (en versión de la Conferencia Episcopal Española). La lucha con quien resultó ser un enviado divino (o quizá Dios mismo) concluyó al alba sin una victoria clara, pero habiendo conseguido Jacob la bendición del asaltante y un nuevo nombre, Israel («porque has luchado con Dios»).

Esta historia fértil en suplantaciones y duplicaciones lo es también en interpretaciones. Puede verse como la construcción de un pasado mítico que justifica cierto reparto territorial y la superioridad de los israelitas sobre sus vecinos edomitas. Entre otras muchas lecturas, desde el punto de vista judío, es una historia de exilio y promesa de la tierra al retornado. Los primeros cristianos vieron prefigurada su revelación en las palabras de Dios a Raquel. Una mirada «arqueológica» permite identificar algunas semejanzas con el combate entre Gilgamesh y Enkidu narrado en la tablilla II de la *Epopeya de Gilgamesh*. Ante las súplicas de los habitantes de Uruk, los dioses envían a Enkidu para que ponga fin a los abusos del rey Gilgamesh. Enkidu intercepta al monarca cuando entra en la casa donde se celebra una boda para ejercer el *ius primae noctis*, y tiene lugar entonces un combate en plena calle:

se enzarzaron  
y como toros, se arquearon;  
destrozaron las jambas  
y tembló el muro.  
Se arrodilló Gilgamesh  
apoyando un pie en la tierra;  
pero se calmó su furor  
y abandonó.

[Traducción: Joaquín Sanmartín]

Los últimos versos se interpretan (aunque el consenso no es general) como el gesto victorioso de quien alza a su contrincante y se dispone a arrojarlo al suelo. En las dos historias, los combates son individuales y nocturnos; en ambas, el protagonista es asaltado por un desconocido; y en ambas, el ataque no derrota concluyentemente al atacante y éste bendice a su oponente. «Ha sido exaltada tu cabeza sobre todos los hombres de guerra; la realeza sobre las gentes a ti te la destinó Enlil», exclama tras el duelo Enkidu, quien combina características de Esaú y del enviado divino: es un ser salvaje e hirsuto y ha sido creado por una diosa como doble y rival de Gilgamesh. El episodio cumple propósitos distintos en cada uno de los relatos, que tienen perspectivas y finalidades muy diferentes; pero en los dos es un rito de paso. En el poema babilónico, es un punto de partida: Gilgamesh deja de comportarse como un tirano, inicia una amistad íntima que sólo destruirá la muerte y marcha en busca de gloria; en el Génesis, marca una llegada: Jacob-Israel y el pueblo epónimo ven confirmados su especial relación con Dios y su destino territorial.

La coincidencia en los detalles y en su orden (los reseñados no son los únicos) apuntan a una utilización «subversiva» por parte del «hagiógrafo» bíblico de un texto bien conocido fuera de Mesopotamia (un fragmento de mediados del segundo milenio se halló en Megido, al norte de Jerusalén). En realidad, el uso «perverso», la traducción «desviada», constituye uno de los procedimientos fundamentales de la construcción de la cultura. Y así puede ocurrir que el combate nocturno con un desconocido, inicio en el relato babilónico de una hermosa amistad entre hombres, acabe por convertirse en la tradición espiritual católica en «el símbolo de la oración como un combate de la fe y una victoria de la perseverancia» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n.º 2573).

Ver todos los artículos de «Biblia y traducción»